De: Carlos Disandro, *El son que funda*, La Plata, Decus, 1996, pp. 341-346.

EL CORO GREGORIANO (II)

El abandono del canto gregoriano por la comunidad cristiana señala, en cierto modo, la quiebra de los más auténticos y eficaces valores *estéticos* del culto católico. Desde el punto de vista *religioso*, por otra parte, este abandono implica la alteración de los vínculos normales con la "fuente primera e indispensable del verdadero espíritu cristiano" y, por lo tanto la desaparición del vínculo entre el *culto*y la *cultura* cristiana. En esta ocasión, sin embargo, sólo queremos referirnos a aquellos valores estéticos del coro gregoriano y a su significación fundamental en la historia de la expresión cantada.

Hablando del canto alemán -popular y artístico- hemos afirmado que en el canto las cosas viven la anticipación de su vida transfigurada. El canto corona la realidad y la interioriza trasladándola a un ámbito propio. Este principio se cumple y, sobre todo, se manifiesto con una plenitud particular en el dominio *unisónico* del coro gregoriano. Desde el punto de vista estético encontramos: primero, la más íntima unión entre palabra y melodía; segundo, la más perfecta significación de la *palabra* como dimensión de la comunidad, que vive el acto de su transfiguración propia y promueve en consecuencia la transfiguración del cosmos entero en el universo simbólico de la liturgia; tercero, el acto más perfecto de *inspiración*, que no está sometido al mundo cambiante de la emoción humana, sino que traslada, en cierto modo, la dirección y el sentido de la bienaventuranza divina: todos en uno y uno en todos. De ahí nace la *objetividad* del canto gregoriano, su limpidez expresiva y el carácter humano-divino, por así decir, con que su melodía rescata las cosas y el hombre de la precaria cotidianeidad que las quiebra y desgasta, para otorgarles el *movimiento* de la gloria La glorificación, pues, se cumple en la dinámica del coro gregoriano que es, desde este punto de vista, la más perfecta instancia pedagógica y la que construye la interioridad religiosa al margen del individualismo, inoperante y estéril.

Muchos católicos, lamentablemente, han olvidado el estudio de los grandes documentos pontificios de Pío X, Pío XI y Pío XII sobre la importancia *primordial* de esta pedagogía en la formación del pueblo cristiano. En múltiples ceremonias, capitales en cuanto el pueblo cristiano asiste allí no como masa ni como multitud, sino como *comunidad*, solemos oír melodías de un pésimo gusto, que nada tienen que ver ni con la belleza, ni con la *santificación*, ni con la *interioridad* religiosa. La comunidad carece de su modo expresivo y de su fuente educativa. El canto gregoriano queda como cosa de arqueólogos, como arcaísmo que se respeta, pero que se evita cuidadosamente para no parecer*antiguos* en un mundo que envejece tan rápidamente a fuerza de modernidad. ¿No será ésta una de las causas más importantes en la declinación del verdadero espíritu cristiano y

en la difusión del mal gusto sobre todo en lo que atañe a la música? ¿No habrá llegado la hora de confiar menos en los tecnicismos ilusorios, para retornar al *canto* y a su vigencia estético-religiosa?

Artículo publicado en La Hostería Volante, n" 3, La Plata (República Argentina), octubre de 1959, pág. 22, firmado con el seudónimo Germanicus.

LA CUESTIÓN DEL CANTO GREGORIANO

Algunos debates conciliares, pero sobre todo la acción postconciliar han demostrado la falacia de este *aggiornamento* litúrgico en lo que atañe a la música litúrgica, y en especial a la cuestión del*canto gregoriano*. En el proceso de *judaización* de la Iglesia y de su culto, la eliminación del canto gregoriano cumple una etapa decisiva en la modernización y profanización de la acción cultual. Esto se ha cumplido, desde luego, con delicado fariseísmo, pues mientras la *Constitución Litúrgica*, sancionada por el Concilio, establece enfáticamente la superioridad y necesidad del canto gregoriano (al que parece seguir reconociendo como modelo de la música y el canto sacros), el*aggiornamento*, el "espíritu" del Concilio ha barrido impúdicamente con todo rastro de nobleza estética y religiosa en el canto. Vemos de esta manera multiplicarse los adefesios, copiados (o imitados» de otros adefesios, como los del P. Gelineau, S.J., los que, según una norma inexistente y según una autoridad más precaria aún, pretenden ser impuestos a la sensibilidad del pueblo cristiano. Citamos como ejemplo el salmo *Dios es mi pastor*, que hemos oído en diversas oportunidades, y que sin duda demuestra nítidamente lo que es un canto sin caracteres musicales, sin caracteres corales, y desprovisto de significado estético-religioso. Es infinitamente más difícil aprender el adefesio de ese salmo, musicado a lo Gelineau, que entonar algún Kyrie gregoriano, o alguna antífona de la Virgen, manteniendo desde luego la lengua latina.

Nos parece oportuno reproducir aquí una cita del prof. Duruflé (del Conservatorio de París), uno de los organistas más competentes de Francia (*Ilustración del Clero*, Madrid, enero de 1966): "El canto gregoriano se halla sin duda muy amenazado a pesar del art. 116 de la *Constitución Litúrgica* que prescribe la conservación del gregoriano, el cual 'debe ocupar el primer lugar en la liturgia romana'. A pesar de esto, se asiste actualmente al más completo desorden en lo referente a la música litúrgica, que deja muy atrás las directivas conciliares. Con el pretexto de que la lengua vulgar está 'autorizada' (no prescripta) en ciertas partes de la Misa, el canto gregoriano, indisolublemente unido al latín, ha sido eliminado de la Iglesia, o sólo 'provisionalmente' mantenido. Basándose en esta 'autorización', una parte importante del clero persigue con furia terrible de

destrucción todo lo que pertenece al pasado, con la disculpa de 'renovación musical litúrgica'. Pero, ¡qué renovación! Hasta ahora sólo vemos amontonadas ruinas sobre ruinas, y de entre esas ruinas aparecen unas miserables melodías con letra francesa, que tienen la pretensión de reemplazar ese monumento irreemplazable que es el canto gregoriano ¿Qué significa esta anarquía musical del hoy? Mientras tanto, los protestantes que envidian nuestro patrimonio musical incomparable conservan cuidadosamente sus cantos tradicionales. Ellos saben que una música de calidad puede ayudar a la vida interior. Ponen el mayor cuidado en la ejecución de sus corales y en que participen los fieles. Entre nosotros, por el contrario, la asamblea de los fieles es considerada actualmente como una asamblea de retardados o 'subdesarrollados', a los que hay que hacerles cantar, con gusto o por la fuerza, una serie de *vulgaridades musicales*. Los fieles se niegan o se van. Entonces se acusa al pueblo de ser 'rutinario', de tener 'prejuicios', de estar 'lleno de cosas primitivas e infantiles'. Tales 'encantadoras' palabras han sido escritas por el R. P. Riquet, S.J. en el diario Le Fígaro, precisamente contra los que se obstinan a cantar el Credo en latín".

Podríamos citar también el caso del organista Evencio Castellanos, director del coro de la Catedralde Caracas, que ha renunciado a su cargo ante esta verdadera degeneración musical que parece haberse apoderado de la Iglesia Católica (en el mundo entero, pero particularmente en América hispana). "Los textos sagrados del Cristianismo -ha dicho Castellanos, *La Nación*, 4. IX. 66- no pueden ser interpretados con ritmos de pachanga, cumbia o merecumbé. No quiero hacerme solidario de una degeneración musical, que sólo contribuye a hacer más notoria nuestra ignorancia...".

Se podrían multiplicar los ejemplos: las guitarreadas en los templos (como los que dirigen las increíbles pupilas del clérigo Juan Pearson, una de las cabezas del judeo-cristianismo en sus formas más contrarias a la Fe tradicional, aquí en La Plata y en la Argentina), las vulgares innovaciones de los gestos y ceremonias, la pobreza de los textos, con horripilantes melodías, sin gracia y sin fervor. La conclusión de estas citas sería una sola: ha habido un fabuloso engaño, dentro y fuera del Concilio, que ha tenido *por único objetivo liquidar la herencia de San Pío X* y aplastar la continuidad de una verdadera instauración litúrgica y gregorianista, cuyos frutos hubieran podido concretarse en tiempos no muy lejanos. La judaización de la Iglesia ha acertado a herir con un profundo golpe, la contextura sacro-musical del culto, su dignidad estética y las virtudes formativas del coro religioso dela Tradición. Es pues un severo corte a la Tradición misma.

El coro gregoriano está íntimamente integrado con la experiencia del *mysterio cristiano*, en la "acción sacra"; es un modo perfecto de participación, como querían Pío X y Pío XI. Su sustitución engendrará penosas *involuciones religiosas*, nos devolverá a la barbarie de este *aggiornamento*sin sentido, sin nimbo, sin cualificación espiritual. Nos entregará, en una palabra, a los falsos "mesías" de la

sociología, la psicología de masas, las ciencias de la planificación. Restaurar el canto gregoriano, practicarlo, venerarlo, transmitirlo, es una exigencia imperiosa de este duro combate contra las fuerzas coaligadas de la "revolución mundial", que trabajan ahora dentro de la Iglesia, protegidas por los más altos niveles de la jerarquía. El canto gregoriano no perecerá, pues en el horizonte se entrevé ya la irremediable derrota de estos "conciliaristas" que consideran de fe todos los más innobles recursos de la modernidad, y heréticos todos los auténticos tesoros de los grandes siglos de piedad, doctrina y contemplación.

Artículo publicado en La Hostería Volante, n" 19, La Plata (República Argentina), setiembre de 1966, págs. 16-17.